EL INÚTIL DE LA FAMILIA:
CINCO SORPRESAS NARRATIVAS

POR

ROBERTO HOZVEN
Pontificia Universidad Católica-Chile

El inútil se llamó la primera novela que Joaquín Edwards Bello publicó en 1910. “Confesión disimulada” –la llama Jorge Edwards¹ en esta biografía y autobiografía novelada sobre su tío Joaquín Edwards Bello. Al especificar desde el título el atributo del inútil (es de la familia), Edwards retoma la voluntad confesional del tío y nos recuerda que esta voluntad fue también la de José Donoso, Hernán Díaz Arrieta o Luis Oyarzún. Autores todos que habrían incurrido en la acción de escribir un “no libro”: ese libro cuyas páginas tratan de “cuestiones escabrosas” ante las cuales “la familia en pleno, la familia en armas, en pie de guerra, erigida en tribunal del crimen”, interviene y castra la literatura (*El inútil de la familia* 309). Cuando esto ocurre, tenemos un “libro colectivo mutilado”. Fue el caso de algunos de los textos de Alone, Donoso y Oyarzún quienes, cediendo a la censura y presión colectiva del orden de sus familias respectivas, no pudieron sino “recoger cañuela” (lo que no hicieron el tío Joaquín y su sobrino Jorge). “Cómo me gustaría leer la antología de nuestras páginas censuradas: ese cementerio, ese limbo, o, si se quiere, ese gozoso y escandaloso infierno” (309), exclama Edwards. Este “libro colectivo mutilado” es limbo, cementerio o infierno gozoso y escandaloso porque su exploración devela el conjunto de reglas desde cuyo interior una clase social expresa, implanta y homogeniza sus creencias fundadoras, tanto sublimes como vergonzantes. En este sentido, el “no libro” constituye un sistema de enunciabilidad en el que es posible rastrear el *origen de una síntesis social reprimida*. Primera sorpresa de *El inútil de la familia*: escribiéndolo Edwards se “limita a comprobar que se podría escribir un libro sobre ese libro colectivo mutilado, sobre ese no libro” (309). Creo que ésta ha sido la apuesta permanente de Edwards como escritor: poner en escena los andamiajes del discurso del poder, ir contra los mecanismos huidizos por los que el “no libro”, imponiendo sus límites ideológicos internos y externos, *naturaliza* su autoridad represiva.

Con su novela, Edwards reconstruye el “no libro” del orden de las familias que gravitó sobre todas las facetas de la vida de su tío Joaquín; lo hace explorando el sistema de enunciabilidad de sus censuras sociales. Desde las represiones sufridas por el “niño bien” Edwards Bello a todas las caras oscuras y luminosas con que su rebeldía replicó a estas censuras. Por las páginas de *El inútil de la familia* desfilan el calavera, el jugador

---

¹ Para referirme a Jorge Edwards, en adelante, escribiré Edwards; para referirme a su tío en segundo grado, Joaquín Edwards Bello, escribiré Edwards Bello.

derrochador de los bienes familiares, el cronista y el novelista con todos sus personajes ficticios. Para escribir el “no libro” del orden familiar chileno, Edwards no diferencia las experiencias biográficas de su tío de las ficciones de sus escritos novelescos y crónicas. Todas ellas aparecen como la sinécdoque cultural de un escenario familiar y nacional, así como del latinoamericano (Brasil) e internacional fascista (la España y Francia de la *belle époque* y de entreguerras) por los cuales peregrinaron Edwards Bello y sus personajes ficticios.

La segunda sorpresa que proporciona este libro de Edwards es la relación de continuidad que establece entre los episodios biográficos vividos por su tío y los ficcionales imaginados por su prosa. Ambos, la “realidad” de la vida (la biografía) así como la imaginación expresada por su prosa (la ficción) se entrecruzan y retroalimentan. La biografía sirve para comprender a la ficción y viceversa; en suma, el mundo (la biografía) y el libro (la ficción) no se oponen sino que se complementan, en la medida en que ambos son leídos y comprendidos como un flujo escalonado de relatos, provenientes tanto de la oralidad (de la tradición familiar) como de la escritura (novelas y crónicas). El mundo—para Edwards—ya no está habitado por cosas sino, fundamentalmente, por huellas mnemónicas privadas que la escritura amplía imaginando el trazado histórico de la memoria colectiva de que formaron parte.

No estamos, estrictamente, ante una biografía histórica: la que considera la vida como un documento y funda el valor de la individualidad en el testimonio único de los hechos. Edwards no incurre en esta superstición: sabe que su tío Joaquín, el autor, el jugador, el rebelde ante el orden de las familias, también inventó al personaje en que escogió encarnarse y, con él, a su persona y obra. Edwards escribe que su tío Joaquín, en realidad, “había nacido Joaquín Edwards Bello, después del escándalo de su primera novela, de *El inútil*”. Y así “te habías convertido, por consiguiente, o habías convertido al otro, a tu otro yo [al histórico] en ficción” (298). Las provocaciones de los personajes de su novela alcanzan al sujeto histórico tornándolo, retroactivamente, en un sujeto civil escandaloso: la ficción reconstruye al yo biográfico. Edwards escribe la biografía de su tío informándose de sus datos duros (documentos póstumos, testimonios de su viuda e hijos), enterándose de sus historias y leyendas (a través del murmullo que perfiló su figura excéntrica), así como analizando sus ficciones como otros tantos indicios existenciales e históricos correlativos a la lógica de su vida y de su época. Un común denominador predomina en todos los casos: escribir una biografía es igual a atravesar los “cuentos” que entran una vida, es decir, las “chimuchinas”, cuentos y narraciones que hacen que esa vida sea también *tenida en cuenta* por alguien.² Si los relatos constituyen la identidad, el mundo ya no se opone al libro en la medida en que ambos *citan* el flujo de escrituras y oralidades que los atraviesan y hacen ser. Escribir una biografía —nos demuestra Edwards— es reencontrar las frases que sedujeron a una existencia; las citas que esta existencia se atrevió a encarnar y a valorar como si fueran dinero *contante* y sonante. De aquí el desenfado con que Edwards construye una biografía yendo de las frases ficticias de Edwards Bello a los

² “Contar es tanto *narrar historias* como *ser tenido en cuenta por los otros*. Lo que significa que para *ser reconocidos* necesitamos contar nuestro relato, pues no existe identidad sin narración ya que ésta no es sólo expresiva sino constitutiva de lo que somos” (Martín-Barbero 23).

cuentos que enmarcaron su vida. Durante este proceso también descubre circunstancias y cuentos actuales del autobiógrafo, del Edwards contado, que parecen citar, variar y replicar, medio siglo después, a los de su tío. Los significados de ambas vidas (las de Joaquín y Jorge) pueden transponerse a partir de la existencia de verosimilitudes familiares y nacionales *sostenidas* que así lo permiten.

Uno de los significados sostenidos que nos descubre esta autobiografía de Jorge, que se escribe remontando la biografía de Joaquín, es el carácter heteronómico del tiempo y del espacio en que ambos vivieron y viven. Heteronómico es el tiempo que conserva la memoria de sus opuestos, de sus contradicciones. Es ese tiempo en que sabemos que la “voluntad se rige por imperativos que están fuera de ella misma” —como define “heterónimo” el diccionario de la Real Academia Española. Se trata de este tiempo real a la vez que ficticio, postulado a la vez que repudiado, y que es todo lo que el arte trata de nombrar. Teodoro Adorno lo llamó la “dialéctica negativa” de lo real.³ Dialéctica negativa porque da cuenta de la realidad en sus contradicciones; más acá y más allá de la deseada coincidencia de lo real con los órdenes reputados de la razón, es decir, por el orden de las familias. Este tiempo heteronómico, que desovilla las contradicciones y complejidades indeseables del espacio, corresponde al tiempo del “no libro”, ansiado por Jorge Edwards. Este tiempo del “no libro” replica al tiempo ideal, severo y cruel, que nos exige que la realidad debe coincidir con la idealidad de lo que Dios o el Estado nos mandan. En otras palabras, este tiempo heteronómico conforma un tiempo y un espacio imperfectos, que son los tiempos y espacios que mejor les conviene a los “inútiles”. Pero, ¿quiénes son los inútiles? Este libro nos responde: son “la rama torcida, la mente pervertida” que surge en medio de la “gente de lo mejor, respetable, piadosa y ordenada” (106). Son quienes

¿Por frivolidad, por desencanto, porque no sabías o no podías hacer otra cosa? Te inscribías con furor y con una especie de ostentación entre los inútiles, pero una parte de tu corazón reivindicaba a los útiles, a los industrioses, a los protagonistas de una aventura muy diferente de la tuya. Eras, Joaquín, y no podemos negarlo, una contradicción viviente. (185)

Y esta contradicción, sufrida por el tío y héroe trágico Edwards Bello (“alguien a quien siempre seguí con los ojos muy abiertos, con apasionada y a veces abismada atención”—confiesa Edwards—) “contribuyó de alguna manera... en cierto modo misteriosa, a facilitar el camino mío”, concluye Edwards (9). Este remontamiento hacia el ascendiente para autorizar la propia vida constituye la tercera sorpresa narrativa de este libro, a saber: la biografía sobre el tío Joaquín se resuelve, por momentos, en la autobiografía del sobrino Jorge escrita por el mismo narrador que cuenta la biografía del tío Joaquín. La biografía del tío se funde en esta historia, contada en tercera persona, con un acto de escritura autobiográfico que la interviene en primera.

³ “En la dialéctica hegeliana, la negatividad es el movimiento del concepto hacia su ‘otro’... Pero para Adorno la síntesis hegeliana era, en su idealidad, imposible. La razón es incapaz de captar la realidad... porque ésta, siempre social por naturaleza, es, en sus propias condiciones objetivas, demasiado contradictoria para ser abarcada por la razón, sin transferirle sus contradicciones” (Godzich 59).

El día más importante de mi vida, *llegaste a decir*, es el día del matrimonio de Cuevitas con la Rockefeller. –Pero no fuiste tú el que se casó, fue él. –*¡Y qué carajo importa!* (245). ¿Por qué tenías que bajar siempre a los burdeles, a las prisiones, a callejones miserables, sobre todo cuando habías nacido en cuna de oro? *¿No será, don Heliodoro, precisamente por eso?* (197). Todo tendría que ver, a lo mejor, con esos patios, con los gritos destemplados de sus compañeros de curso... *con el bigote de su padre* (don Joaquín, el hermano mayor de mi abuelo), *cuando él, tú, de niño...* (13). No está mal, *pensó*, *pensaste*, que haga mal tiempo (14). *Te dejamos* en el Club Social de Antofagasta en compañía de un amigo de juventud, un simpático estafador (239). *Me inclino, pues, a creer*, en contra de lo que pensaba al abrir este capítulo, que te encerraste y que escribiste... (240; énfasis mío)

“[P]ensó”, “pensaste”, “Te dejamos”, “Me inclino, pues, a creer” y todas las cursivas destacadas son palabras, frases y oraciones que engranan la biografía de Joaquín en la autobiografía de Jorge. Pertenecen a la categoría de palabras que Roman Jakobson llamaba “conmutadores”. Nos muestran cómo la biografía del tío, escrita por el sobrino, escribe entre líneas, a ráfagas, la autobiografía del mismo sobrino. Ilustran de qué modo un yo (el narrador-sobrino) toma conciencia de sí y de lo que dice (de su autobiografía) gracias a las imágenes saqueadas del mundo de un tú (el narratario-tío), quién le devuelve sus propias imágenes pero intervenidas de un modo extrañamente familiar. Es como si el narrador, al interpelar la biografía del tío (“cuando él, tú, de niño”, “No está mal, pensó, pensaste”, “Te dejamos”), descubriera que su propia historia es una variante transformada de la del tío que está contando. Aquí hay una voz, como esas voces de ultratumba, que nos interpela ubicuamente, no sabemos de dónde. Una voz que mientras cuenta hace coexistir la biografía del tío con la autobiografía del sobrino; una voz que entrecruza los contextos históricos de la primera mitad del siglo xx con los de la segunda mitad. Alguien (un sobrino) cuenta como un otro (su tío) se ve a él mismo y, a través de esa visión avuncular, ese alguien se explora a sí mismo desde ese pasado con valor de presente. La visión del tío se transmuta en la autoexploración del sobrino. La tercera persona contada es, entonces, interpelada como un alter ego de quien la cuenta. La persona contada (el tío) es también el interlocutor (el tú) de un Yo narrativo que sabe, que siente, que ambos existen únicamente como enunciantes (más que emisores) de una intersubjetividad que los habla. Ambos enunciantes –nos dice la voz que cuenta– son los eslabones de una cadena existencial, familiar, social y, en última instancia, cultural que los trasciende. Estamos, entonces, frente a un proceso narrativo que, si bien se inicia yendo de un *él* a un *tú*, concluye, en realidad, yendo del *tú* a un *nosotros* colectivo. Aclaremos: el *él* corresponde a Joaquín, el personaje biografiado por el narrador; el *tú* corresponde a la interpelación familiar con que el sobrino narrador apostrofa a Joaquín; y el *nosotros* corresponde al substrato mental hecho de todas las circunstancias del mundo en que ellos se encuentran. Mundo que también es el nuestro –el de los lectores de esta novela– tomando en cuenta, por cierto, nuestras diferencias locales y particulares con ellos.

El reconocimiento que hace el narrador de ese *nosotros* –que nos incluye–, latente en la interpelación del *él* con el *tú* en el interior de su misma voz, tiene un nombre arcaico, pasado de moda: *identidad*. La identidad puede ser de clase, de barrio o de nación. La sentimos cuando ciertas palabras o imágenes nos despiertan un espacio simbólico de

pertenencia por el que nos descubrimos solidarios con nuestros semejantes a través de simpatías, divergencias y repudios que –comprobamos– son recíprocos. Este valor de correspondencia funda un sentimiento de comunidad, no sólo por encima sino también *a través* de nuestras diferencias. Procedo a identificar este sentimiento de comunidad, que nos descubre invariablemente chilenos, a través de tres formas de figuración fijadas por Edwards en esta novela. Estas figuraciones identitarias constituyen la cuarta sorpresa narrativa de este libro.

El *bisabuelo de piedra*. Esta observación de Edwards Bello recuerda la afirmación de Benjamín Subercaseaux: hasta el chileno más “rasca” cuenta con un príncipe en su ascendencia. La existencia de este antepasado prestigioso, real o imaginario, incita al orgullo excluyente. Induce a que nos apropiemos de modo sectario de la nación: nos lleva a confundir “los muy particulares intereses de cada uno de los grupos en el poder –económicos, políticos, religiosos o delincuentes–”⁴ con los intereses de toda la nación. El motivo del “bisabuelo de piedra”, como de cualquier otro prohombre notable, invitaría a apropiarse sectariamente del país. Tentación que esta novela desarma con humor.

El “*corral ajeno*”. Me refiero a los patios de colegios o liceos donde nos entrenan en el sadismo social bajo la coartada de la escolaridad.⁵ Estos patios estimulan la pasividad frente a la iniquidad, el abuso y la injusticia flagrante de la masa sobre el “pollo” aislado y –esto es importante– en estado de falta. Este es el primer sentimiento que crea el corral, ya que “pollo sin falta”, alumno sin culpa, es mucho más difícil de manipular, de ser devorado por el grupo. En estos patios, como “pollos en corral ajeno”, de niños, nos entrenamos y somos entrenados en la disposición mental al agravio y al vejamen. Humillaciones que recibimos y asimilamos como si se tratara de “por jugar”.

Los otros, formando círculo, empezaron a darme empujones, hasta tirarme al suelo, y ahí se dedicaron a pegarme patadas. ... ¡Basta! –Decretó la Martita... me levanté del suelo, adolorido, lleno de rasmilladuras en las piernas y en los codos, y me sacudí la ropa. ... Hasta me reía, como para pretender que todo no había sido más que un chiste... me reía como un imbécil. (264)

¿No transponemos, acaso, este juego infantil, de patio, al sufrido y gozoso salón de nuestras “pelambres” sociales? Incluyendo, por cierto, los desollamientos y canibalismos más entretenidamente denigratorios: “¿qué importa perder amigos, si a su costa se puede acuñar una buena frase!”

El *don de ubicuidad*: “*Estar en el balcón*” –lo llama Edwards: es decir, “estar y hacer como si no se estuviera” (170); “quedarse sin entender, pero en el fondo entendiendo, captando lo que se podía captar, sacando sus conclusiones personales” (315).

Dos de estas situaciones ubicuas me deslumbraron en esta novela: una trágica y otra cómica. Comienzo con la trágica, para degustar, después, el regocijo de la cómica.

⁴ Jesús Martín-Barbero, “Introducción” a *Imaginarios de nación* (8).

⁵ Como en “La desgracia”, el último de los ocho cuentos que componen *El patio*; el primer libro de relatos de Jorge Edwards.

Me pregunto por qué, si eras proyección autobiográfica... te colocó tu inventor en una posición tan incómoda... Tus compañeros de pelotón, por lo menos, eran consecuentes con ellos mismos, con sus ideas reaccionarias y atrabiliarias. Pero tú, pensando en unirte a los revoltosos y marchando pocos minutos después contra ellos, armado de un fusil... (113-114)

Eduardo Brisset Lacerda (el protagonista de *El inútil*, la primera novela de Edwards Bello), subiendo por la calle Bandera hacia la Plaza de Armas, enardecido por la vibración de las páginas revolucionarias de Jules Michelet, camina a encontrarse con la turba de obreros enardecidos, tentado de unírseles en su explosión reivindicativa. Sin embargo, de pronto, se encuentra con otra turba, igualmente enardecida, pero de signo contrario: sus amigos “pijes”, sus iguales del club, quienes lo succionan y le ponen un fusil en las manos. Eduardo, en su empaque de señorito, aún dos almas: la de su linaje, que detesta, y la revoltosa de sus sublimaciones, que lo enardece. Dos almas, sí, pero que no dan para conformar un destino personal. Eduardo es un “desconformado cerebral”, un escapista de su propia clase, una figura grotesca y siniestra que carece del vigor y la determinación para asumir el destino de un alma o de la otra. Eduardo, creyendo en su alma ser dos; en realidad, su ánimo no le da ni siquiera para ser uno.

Veamos, ahora, la situación cómica. La resumo por la imposibilidad de citarla en extenso. En el capítulo XIII de *El inútil de la familia*, en una de sus peregrinaciones a París, Edwards Bello, el biografiado, el jugador, triunfa en la ruleta. Exuberante con el oro ganado invita a su corte de amigos a una función de teatro. Entre ellos, por cierto, una hermosa, como diría Gonzalo Rojas, el amante de las bellas. El problema es que la pequeña Chiffon (Trapito, en español), la hermosa de 16 años, hija de obreros, nunca había ido al teatro. Resultado, confunde el papel de Margarita Gautier con la realidad, y avanzando

hasta el borde del palco, encima del escenario, insultó al actor que hacía el papel de Armando. ¡Cochon! –le gritó– ¡cerdo! Con voz de joven verdulera o vendedora de castañas calientes. Agregó, suponemos, algunos otros epítetos de grueso calibre, y en seguida, bajo las miradas de toda la sala, se puso a llorar a mares. Fue un momento enteramente imprevisto, extraordinario... Un alma ingenua, ... ignorante en extremo, pero sensible hasta las lágrimas. Mucha gente de la platea se rió con ganas y hasta hubo algunos aplausos, solidarios, corregidos por voces que increpaban, que insultaban. –¡Fuera de aquí –gritaban aquellas voces–, metecos de porquería! *Dehors les métèques!* (132-133)

El triunfo ruletero de Joaquín coexiste con su situación de rastacuero chileno vinculado a Chiffon. La “chulita” ingenua lo evidencia como el advenedizo fugazmente enriquecido en que se transforma en París; el que ciertamente no es en Santiago de Chile. Joaquín es patético: huye a París buscando un desclasamiento liberador; y allá, encumbrado por la suerte momentánea del juego, del deseo por una obrerita de quien al mismo tiempo se avergüenza, se vuelve a poner el traje de plomo del “que dirán” social chileno, el mismo del que había huido de Chile. Como Enrique Lihn, Joaquín nunca sale (mentalmente) del horroroso Chile. Afuera es reconquistado una vez más por el orden de las familias. Joaquín descubre que la ubicuidad que lo hace dos, en realidad, lo humilla convirtiéndolo en un uno menos que uno.

El inútil de la familia vislumbra estos espacios simbólicos de pertenencia vergonzante a la manera de la luz intermitente, pero recurrente, de un faro. Nos descubre vínculos comunitarios, nos advierte escollos, incluso –creo– anticipa que naufragaremos en más de uno; pero todo ello con una ironía compasiva que, al volverse sobre sí, se ríe de sí misma. Esta ironía no es cruel, no nos rebaja cuando naufragamos en los escollos, porque evoca los eventos *después de haberlos olvidado* (Barthes 46). Esta es la quinta sorpresa que nos depara este libro: evoca los eventos a través del tamiz del olvido, lo que resulta en que se los comprende prescindiendo de sus prevaricaciones. El viaje de regreso por el alambique decantador del tiempo (¿qué otra cosa es despertarse de un olvido?) excusa las injusticias que los eventos pudieran haber ejercido sobre nosotros. El pasaje por el olvido excusa los yerros o desgracias sufridas al rever esos yerros no sólo bajo la perspectiva de lo que fueron, o cómo nos afectaron sino, más importante aún, al entenderlos bajo la perspectiva de lo que no fueron así como también de que pudieron haber resultado en lo opuesto de lo que, en su momento, creímos: ¡bendiciones disfrazadas de desgracias! En este sentido, el tamiz del olvido es deconstructivo; está muy cerca de haber ya aprendido a convivir sin conflictos con las contradicciones. En otras palabras, en esta novela, así como en su novela anterior, *El sueño de la historia*, siento planear en el discurso narrativo de Edwards una sabiduría que los chilenos necesitamos con urgencia: tolerancia.

Tolerancia ante nuestras polarizaciones y contradicciones, única manera de desarmarlas introduciendo tiempos y conciencias diversas que las disuelvan dialógicamente. A partir de estas dos últimas novelas de Edwards, entiendo su propuesta escritural (incluyendo sus crónicas y ensayos) como un trayecto pacificador por las fuerzas desgarradoras del resentimiento, pero visto y aproximado a través de situaciones entrecruzadas e interpuestas personas: la primera mitad del siglo veinte es vista desde la segunda y viceversa, ambientes latinoamericanos son enfocados desde imaginarios chilenos y estos, a su vez, desde los primeros; así como ambos desde imaginarios europeos. La biografía se cumple a través de la autobiografía, y ambas se proyectan hacia un relato que nos descubre solidarios en nuestros goces, vergüenzas y perversiones. Este discurrir narrativo pacifica porque se lo hace desde el *regreso*; desde una vuelta al lugar de partida pasando por los entrecruces pasionales de ambos términos de la oposición. Estos entrecruces disuelven las polarizaciones marcadas por el sectarismo y el despecho. Tornan imperativa la creación de una tercera posición. Esta tercera posición resulta de la abjuración y la disidencia con respecto al propio sectarismo. Para ello –nos enseña Edwards en sus dos últimas novelas– hay que hacer la travesía por la sedimentación de saberes que nos quedan después de haber pasado por las muchas experiencias que la memoria conserva de las contradicciones sufridas con respecto a los otros y a nosotros mismos. Edwards nos impele a abjurar, a hacer un tránsito heteronómico por el tiempo y el espacio en que convivimos, a estirar el elástico de nuestra razón para abarcar con ella las contradicciones irresolubles de la realidad y así, de alguna manera, aceptar de modo benevolente nuestro propio ser, en cuanto también pudimos haber sido (o somos), inevitablemente, otro “inútil de la familia”.

Concluyo: esta novela comienza como una biografía explícita (de Edwards Bello) y continúa como una autobiografía fugaz (de Jorge Edwards) para, en curso de camino y por el goce con que se la lee, seducirnos como un irónico relato de identidad nacional. Relato

nacional porque todos los chilenos, sea cual fuere nuestro pelaje y situación social (de abajo, del medio, de arriba, del exilio, del intraexilio; aunque echo uno de menos: el étnico), gracias a él, arribamos a entender, a gozar y a compartir, sin culpas ni faltas, la pedacería de nuestra vida cotidiana en una mínima trama compartida de duelos y logros,⁶ de convivencia al fin reconciliada, allende “el clasismo delirante, enfermizo” con el que nos castigamos a nosotros mismos y a los otros.

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, Roland. *Leçon inaugurale de la chaire de sémiologie littéraire du Collège de France*. Paris: Seuil, 1978. 46.
- Edwards, Jorge. *El inútil de la familia*. Santiago: Alfaguara/Aguilar Chilena de Ediciones, 2004.
- . *El sueño de la historia*. Barcelona: Tusquets, 2000.
- . “La desgracia”. *El patio*. Santiago: Imprenta Soria, 1952.
- Godzich, Wlad. “De la lectura como dispositivo cultural”. *Teoría literaria y crítica de la cultura*. Madrid: Cátedra, Fronesis, 1998. 59.
- Martín-Barbero, Jesús, ed. “Colombia: ausencia de relato y desubicaciones de lo nacional”. *Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2001. 23.

---

⁶ Parafraseo la definición de “relato nacional” elaborada por Jesús Martín-Barbero en “Colombia: ausencia de relato y desubicaciones de lo nacional”, *Imaginarios de nación* 18.